

## - EL BAILE DEL PAPELET DEL CUL -

Este es un corto relato que sucedió durante una cena de Nochevieja en la que se reunieron un grupo de parejas de novios en una de sus viviendas. Todavía no se había implantado en la sociedad de currantes el modelo de celebrar dicha cena de despedida del año y bienvenida del nuevo en los restaurantes.

Las parejas de novios acudían al domicilio acordado con prontitud. Cada una de ellas se presentaba con una acompañante, la cual solía ser la madre de la novia o se aprovechaba, si se creía conveniente, la compañera vigilante de otra pareja. Ésta era imprescindible para que los padres de las chicas dieran permiso para que sus hijas salieran de noche en compañía de su novio, bien para cenar, como en esta ocasión sucedió, o simplemente para acudir a una función de cine: había que llevar dama de compañía, como en la alta sociedad.

En la vivienda elegida, los dueños esperaban y recibían con un acogedor fuego y una agradable sonrisa a las parejas. La cena era preparada en un modesto guisador, con el mejor manjar posible: había que contentar al futuro yerno.

Algunas de las recelosas vigilantes, responsables de que nada ocurriera, se quedaban en la casa, junto a la lumbre. Otras, preferían volver a sus domicilios y esperar en la mesa camilla, al calor de un buen brasero, dando de vez en cuando una “cabezaeta” hasta la hora marcada para recoger a los chicos.

Cuando todos estaban presentes y la garrafa de vino de “Casa Teresita” estaba en condiciones de ser atacada, comenzaba la cena. Lo primero que entraba por la garganta de los varones era un “golondrón” de vino “pa er boca”. Pronto empezaron los rebuznos del asno, llamando al dueño para advertirle de que el pesebre estaba limpio. Éste se dio por enterado, acudiendo rápidamente a la cuadra para proveer al animal de comida para la noche, momento que aprovechó para dar las buenas noches y meterse en la cama, dejando en el agradable calor de la lumbre a las damas de compañía, “guardando la cesta”, si bien, de vez en cuando, descuidaban la vigilancia para pegar una “cabezaíca”, puesto que el momento no revestía peligro alguno para las jóvenes allí reunidas.

La noche fue avanzando; la reunión de cenantes transcurría entre cantos y bromas. Los chistes verdes estaban prohibidos. Las rígidas amas guardianas ya no dormitaban junto al fuego. La hora de las campanadas se acercaba. Aquella familia carecía de radio para poder escucharlas. En ese momento el novio de la hija de los dueños salió del cillero con un caldero en una mano y, en la otra la maceta de un mortero, con la que comenzó a dar golpes al caldero, simulando las campanadas de la torre. La moda de las uvas todavía no había llegado. Los hombres brindaban, dando la bienvenida al año nuevo, con un vaso de vino, si la garrafa había alcanzado para tanto. Si había suerte, quizá el brindis se hiciera con una copa de anís del “Mono”.

Terminada la cena, los brindis y las felicitaciones de los presentes, como la cuadrilla era muy de bromas, comenzaba el baile del “Papelet en el Cul”. Éste consistía



en lo siguiente: uno de los jóvenes varones se subía a la mesa, se le colocaba un trozo de papel en la parte trasera de su cuerpo, sujeto al cinturón y dejándolo caer hacia abajo, simulando un rabo. Cuando estaba bien sujeto, empezaba la danza, al tiempo que se cantaba esta corta y repetida canción:

No me encenderás el papelet del cul,  
Papelet del cul, papelet del cul.

No me encenderás el papelet del cul,  
Papelet del cul, papelet del cul.

Mientras uno de los chicos seguía con su original danza, las chicas, con trozos de velas o cerillas, trataban de encender el simulado rabo. Pasado cierto tiempo, si no lo habían conseguido, este bailarín se retiraba y era reemplazado por otro. Y así sucesivamente tenían que intervenir todos en la danza.

De entre los personajes de nuestra cuadrilla, el último turno en actuar siempre se reservaba para el mismo. Éste era un tipo muy de broma, que siempre montaba algo especial. Delgado y no muy alto, se movía con gran agilidad. Nunca hasta esa noche habían conseguido encenderle el simulado rabo de papel durante la danza. Pero en alguna ocasión se rompería esa habilidad. Y eso es lo que ocurrió aquella noche. Cuando subió a la mesa, en lugar de pantalones, vestía un calzoncillo largo de felpa. Éste debía de ser de su abuelo, hombre alto y grueso, por lo que al espontáneo bailarín le sobraba la mitad de la prenda. Esto le impedía dominar el falso rabo de papel. Pronto empezaron las llamas a prender y en el intento de desprenderlo, como la prenda que llevaba apenas se mantenía sujeta sobre el cuerpo, cayó también la parte trasera, quedando al descubierto sus huesudas nalgas, frente a las sorprendidas damas de compañía.



Las chicas, con fingidos gritos, mezclados con sonrisas, se escondieron en una habitación. La dueña de la casa cogió un tizón de la lumbre, mientras le amenazaba con estas palabras:

- Ven aquí, bandolero, que te voy a socarrar como a un chino ese peludo culo.

Éste, arropado por los demás, salió corriendo al patio, donde la Sra. Manuela, durante un rato, los retuvo encerrados. No fue mucho tiempo, puesto que la noche era fría. Momentos después, el “run-run” del sonido del cerrojo les indicaba que la puerta estaba abierta: había pasado el peligro.

Las pacientes comadres, ya calmadas, permanecían sentadas frente a la humeante lumbre. Cuando éstos entraron del patio, el protagonista de la escena, ya vestido y con la gracia que le caracterizaba, se dirigió a la dueña de la casa:

- Sra. Manolita, si ha sido un accidente.

- ¡Accidente! Si te agarro yo, te vas a enterar de lo que es un asidente. Anda, ves'tende de mi vista, no sea cosa que incara ma repienta y t'amargue. Siempre tié que ser el mismo.

La cosa ya no fue a más. Las chicas, algo ruborizadas, se fueron incorporando a la mesa y la fiesta siguió.

La tertulia continuó, más sosegada, hasta que a las “guarda braguetas”, como algunos llamaban a las acompañantes les pareció que era momento de terminar la fiesta, coincidiendo con la llegada de alguna madre de las chichas, iniciando el peregrinaje por las calles del pueblo, para llevar a cada una de ellas a sus domicilios, sanas y salvas, tal y como se suponía que habían salido de él.

Los varones, seguros sus novias con sus familias, era costumbre que marcharan ellos solos a continuar la fiesta, la cual para éstos iba a terminar de una forma inesperada. La cuadrilla se dirigía en busca de la plaza del centro, donde solían reunirse con otros amigos. Circulaban por una de las calles más estrechas y antiguas del pueblo. Pasaron junto a una pequeña ventana, que en aquellos años era de madera y en uno de sus hojas tenía un ventanillo que servía de discreta mirilla, si bien, varias de aquellas ventanas tenían tantas grietas que desde su interior se podía ver lo que ocurría en la calle. Y fue en el momento justo del paso de la cuadrilla junto a ella cuando uno de ellos se soltó una “castaña de pedo”, que parecía una carcasa de las utilizadas en los castillos de fuegos de artificio para dar la bienvenida al año nuevo. Cuando todavía el eco de aquel estruendo resonaba en las paredes de aquella estrecha calle, de inmediato, una voz clara que escapaba por las rendijas de aquella ventana, exclamó:



- ¡Mante, mírate a ver si te ha caído un güevo!

La reacción de éstos fue salir corriendo calle abajo, con tan mala suerte, que una pareja de serenos que se encontraban de servicio, subían cara a ellos y les hicieron detenerse. La noche se les podía complicar. De los dos empleados municipales, uno de ellos vivía frente a la casa donde había ocurrido tan natural incidente. Probablemente estos acudían a la casa con el fin de tomarse una “copeta” de cazalla para calentar el cuerpo en una noche tan fría, aunque las ordenanzas del cuerpo no les permitían beber alcohol durante las horas de servicio. Lo cierto es que, por una u otra causa, se encontraban discutiendo con los jóvenes sobre el motivo por el cual corrían como si fueran maleantes que habían cometido algún delito. Por más que los protagonistas intentaron explicarles a qué se debía esa carrera, los agentes de la autoridad no quedaron convencidos, dadas las contradicciones en las que éstos caían. Uno decía que el motivo es que uno de ellos se había “soltau una castaña de muy señor mío”. Otro más elegante, les decía que había sido un simple “eructo cular”, pero el último confesó que fue un pedo de los que hacen historia.

Tras reconocer que todos eran hijos de familias respetables, decidieron llevarles al retén durante un par de horas, por si en ese tiempo surgía alguna queja o denuncia de algún acto violento. Como nada de ello ocurrió, al par de horas les dejaron e libertad, con la advertencia de que si los veían por el pueblo haciendo alguna gamberrada, no sería cuestión de un par de horas.

Pero el destino quiso dejar las cosas en su sitio. A la mañana siguiente, cuando el sereno salió de su casa, encontró a Teresa, la vecina que pronunció tal exclamación, que en plena noche salió por las rendijas de aquella ventana. Ésta se encontraba barriendo la calle, como cada día hacían las vecinas, ya que en aquellos años no había servicio de limpieza municipal por parte del ayuntamiento. Al ver al vecino y sabiendo ésta que había estado de servicio, le preguntó, al tiempo que le felicitaba el año nuevo:

- ¿Qué? ¿Cómo endás pasau la noche?

A lo que éste contestó:

- Bien, ¿y tú?

A Teresa le faltó el tiempo para contarle lo ocurrido, cosa que éste ya conocía. Pero él no le dijo nada. Se limitó a decirle que su mujer le había preguntado si la pasado noche había habido tormenta, ya que, a medianoche le despertó algo así como un trueno.

Tras pronunciar estas palabras, marchó calle abajo, con una sonrisa en su rostro. Y este es el final de esta agitada noche de un lejano año nuevo.

En la villa de Enguera, 2012

JOSÉ MARIN TORTOSA



**Nota de la Redacción del blog.-**

*Hemos querido adornar este escrito de Pepe Marín con unas imágenes que pueden desaparecer: son imágenes de otras tantas fachadas en las que perviven ventanillos, y los que mostramos son de los que gozan además de mirilla.*